



La primera comunidad de estudios clásicos en Chile y sus textos para la promoción del conocimiento sobre el mundo antiguo (1838-1870) *

The first community of classical studies in Chile and its texts for the promotion of knowledge about the ancient world (1838-1870)

María Gabriela Huidobro Salazar**

RESUMEN

Este artículo ofrece una revisión y análisis exploratorios sobre el primer conjunto de textos relativos al mundo antiguo clásico publicados en Chile a mediados del siglo XIX. La investigación propone que sus autores – docentes del Instituto Nacional y de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile – defendieron y promovieron los estudios de latinidad en el país y el Plan de Estudios Humanista para la educación secundaria, constituyendo la primera comunidad cultural que se abocó a los estudios clásicos a nivel local. Su producción escrita da cuenta del amplio catálogo de autores griegos y romanos que llegaron a conocer y de la valoración que desarrollaron sobre el mundo clásico, al servicio de sus intenciones pedagógicas para la formación moral de la juventud chilena.

Palabras clave: Comunidad cultural; Estudios clásicos; Latinidad; Educación humanista, Chile; siglo XIX.

* Este artículo ha sido desarrollado en el marco del proyecto Fondecyt Regular 1220015.

** Doctora en Historia, Universidad Andrés Bello, correo electrónico: mhuidobro@unab.cl, ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-9980-6175>.

ABSTRACT

This paper offers an exploratory analysis on the first set of texts related to the classical ancient world published in Chile in the mid-nineteenth century. The research proposes that its authors -teachers from the National Institute and the Faculty of Philosophy and Humanities of the University of Chile- defended and promoted Latin studies in the country and the Humanist Study Plan for secondary education, constituting the first cultural community that devoted itself to classical studies at the local level. Their written production accounts for the wide catalog of Greek and Roman authors that they came to know and the assessment that they developed on the classical world, at the service of their pedagogical intentions for the moral education of Chilean youth.

Keywords: Cultural community; Classical studies; Latinity; Humanistic education; Chile; Nineteenth century.

Recibido: julio de 2023.

Aceptado: diciembre de 2023.

Introducción

En 1838, en Santiago de Chile, fue publicada la primera versión de la *Gramática Latina* de Francisco Bello y Boyland (1817-1845). Esta obra, que se reeditó tres veces a lo largo del siglo XIX bajo iniciativa de Andrés Bello, padre del autor, impactó no solo en su país de origen, sino también en el circuito letrado y educacional de América del Sur¹.

Considerando la breve trayectoria que la imprenta había desarrollado en la naciente república chilena, dicha publicación puede considerarse como un hito fundacional para la historia del libro, la lingüística y los estudios clásicos en América Latina². Por una parte, porque constituyó el primer trabajo de esta naturaleza elaborado y publicado en el Nuevo Mundo. Por otra, porque el texto fue incorporado en los programas de educación secundaria y sirvió como referente e incentivo para la elaboración de nuevo material que, a mediados del siglo XIX, aportó a la implementación en Chile, del Plan de Estudios Humanista aprobado en 1843, cuya base descansaba sobre las materias referidas a la lengua y literatura latinas.

El esfuerzo de Francisco Bello no fue aislado. A diferencia de las primeras décadas del siglo XIX, cuando las ediciones locales sobre historia y literatura antiguas se restringieron a una escasa reproducción y traducción de textos europeos, entre 1840 y 1870, el empeño de algunos intelectuales chilenos y extranjeros radicados en el país por generar material original sobre la

¹ Elisa Daher, «Notas sobre la Gramática Latina de Andrés Bello», *Fortunatae: Revista canaria de Filología, Cultura y Humanidades Clásicas* 4 (1992), 333.

² Carolina Domínguez, «Usos del latín en los procesos de configuración cultural y educativa del Cono Sur en el siglo XIX» (Tesis para optar al grado de Doctora en Letras, La Plata: Universidad Nacional de La Plata, 2013), 7-8.

cultura y literatura clásicas, tanto en idioma latino como español, cobró impulso. Entre ellos, destacaron Andrés Bello, Justo Florián Lobeck y Luis Antonio Vendel-Heyl, quienes, junto con otros profesores del Instituto Nacional y académicos de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, como Emilio Vendel-Heyl, Jacinto Chacón y Vicente Fidel López, contribuyeron a sostener el valor de los estudios clásicos para la formación integral de la juventud. Dicha labor se desplegó en una época particularmente significativa, pues en el mismo periodo, se abrió y definió el debate sobre la pertinencia de la enseñanza del latín a nivel escolar³, problemática que se hacía eco de discusiones contemporáneas similares en otros países americanos y europeos⁴.

Atendiendo a estas consideraciones, es posible plantear, a modo de hipótesis, que el conjunto de obras escritas por estos académicos, relativas al latín y a la antigüedad griega y romana, constituyó la primera producción intelectual clasicista en Chile. Con ello se inauguró una línea de estudios clásicos en el país que, desde la perspectiva de análisis de la recepción clásica, se apropió del conocimiento sobre el mundo heleno y latino antiguos para revitalizar y promover su cultivo y enseñanza. Por medio de textos de gramática, literatura e historia, los autores dialogaron entre sí, construyeron redes de referencias, se complementaron y participaron como un cuerpo académico y docente en los procesos y planes educacionales que se estaban desarrollando para la formación secundaria y universitaria chilena a mediados del siglo XIX. En este sentido, ellos pueden considerarse como una comunidad cultural o de interpretación ordenada en torno a los estudios clásicos, humanistas o de latinidad, pues compartieron experiencias formativas, docentes y académicas, prácticas de lectura y autoría, códigos e imaginarios relativos al mundo antiguo, así como un horizonte de expectativas culturales y pedagógicas sobre el impacto de los clásicos para la formación de la juventud. Desde dicho eje, esta comunidad se distinguió de las tendencias que agruparon a otros intelectuales contemporáneos, en especial, de aquellos que la historiografía ha nominado como la “generación del 42”, identificada con la literatura romántica y las ideas políticas de corte liberal⁵.

El objetivo del presente artículo consiste en conocer a esta comunidad desde sus experiencias de lectura, recepción, valoración y promoción de los clásicos, a través del análisis de los textos de su autoría sobre la Antigüedad clásica griega y romana. Para ello, será necesario revisar el

³ Nicolás Cruz, *El surgimiento de la educación secundaria pública en Chile, 1843-1876 (El Plan de Estudios Humanista)* (Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2002), 179-191; Walter Hanisch, *El latín en Chile* (Santiago: Fondo Andrés Bello, 1991), 103-127.

⁴ Françoise Waquet, *Le latin ou l'empire d'un signe, XVIe-XXe siècle* (Paris: Albin Michel, 1998), 39-51.

⁵ Reconocemos en esta generación, también identificada como “Movimiento Literario de 1842”, a intelectuales como Domingo Faustino Sarmiento, José Victorino Lastarria, Vicente Pérez Rosales, José Joaquín Vallejos, Salvador Sanfuentes, Francisco Bilbao, Eusebio Lillo, Guillermo Blest Gana y Guillermo Matta. Ana María Stiven, «La generación de 1842 y la conciencia nacional», *Revista de Ciencia Política* 9 (1987), 61-80; Norberto Pinilla, *La generación chilena de 1842* (Santiago: Manuel Barros Borgoño, 1943), 86-113.

contexto de producción de dicho material escrito, desde la consideración de las iniciativas educacionales y debates que abordaron el lugar del latín y el mundo clásico para el proyecto republicano y la educación chilena a mediados del siglo XIX, en el marco de las discusiones internacionales que se desarrollaban al respecto. Luego, se espera conocer a los miembros de aquella comunidad de autores a través de sus biografías y de los vínculos que establecieron entre sí para la apropiación y fomento de los estudios clásicos en Chile. Así, será posible analizar sus textos y la valoración de la cultura griega y latina que ellos reflejan, a la luz de los autores, obras, momentos, ejemplos históricos y conceptos desde los cuales se estructuraron.

El catálogo de autores y materias que estos académicos seleccionaron para configurar sus textos puede constituir una fuente para descubrir la visión que tenían sobre el mundo clásico, los autores y obras que conocían y la valoración que compartían sobre las mismas. Sus textos pueden ofrecer un interesante testimonio histórico sobre los imaginarios que se forjaron en Chile en el siglo XIX sobre las antiguas Grecia y Roma.

Así, el análisis de este material documental puede nutrir los estudios realizados hasta ahora, referidos al lugar de la lengua latina y literatura clásica en la educación chilena e hispanoamericana en las primeras décadas de historia republicana. En esta línea, han destacado las investigaciones realizadas por Walter Hanisch⁶, Nicolás Cruz⁷, Miguel Castillo Didier⁸, Edda Hurtado⁹ y Alejandro Villalobos¹⁰ para el caso chileno; María Carolina Domínguez¹¹, Blas Bruni¹² y Juan Pablo Ortiz¹³ en el contexto de América Latina; y Françoise Waquet¹⁴, Clément Falcucci¹⁵,

⁶ Hanisch, *El latín en Chile...*

⁷ Cruz, *El surgimiento de la educación secundaria pública en Chile...*; Nicolás Cruz, «La 'lengua y literatura latina' en el nacimiento de los estudios secundarios chilenos», *Semana de Estudios Romanos* VII-VIII (1996), 370-372; Nicolás Cruz, «Una contrapropuesta educacional en el Chile del siglo XIX», *Historia* 29 (1995-1996), 69-88.

⁸ Miguel Castillo, «Los estudios clásicos en Chile: retrospectiva y perspectiva», *Anales de la Universidad de Chile* VI, 3 (1996), 35-49.

⁹ Edda Hurtado, «Del latín al castellano o de las humanidades clásicas a las humanidades modernas en el siglo XIX chileno», *Literatura y lingüística* 26 (2012), 29-46.

¹⁰ Alejandro Villalobos, «Entre la tradición y la crisis: los estudios griegos en Chile», *Historias del Orbis Terrarum* 8 (2022), 72-95.

¹¹ Domínguez, «Usos del latín en los procesos de configuración cultural y educativa del Cono Sur en el siglo XIX»; María Carolina Domínguez, «Un diálogo con la tradición clásica latina en la Argentina del siglo XIX: continuidades y rupturas», *Anclajes* 20, nº 2 (2016), 17-32. En el siglo XX, desarrollaron investigaciones sobre la enseñanza del latín en América Latina, José Manuel Rivas Sacconi, con *El latín en Colombia* (1949) y para el caso argentino, Inés Dussel, en *Curriculum, humanismo y democracia en la enseñanza media (1863-1920)* (1997).

¹² Blas Bruni, «Situación de los estudios clásicos en Venezuela», *Lógoi. Revista de filosofía* 31/32 (2017): 1-29.

¹³ Juan Pablo Ortiz, «El humanismo conservador: letras clásicas y política a mediados del siglo XIX», *Siglos históricos* 16, nº 31 (2014), 38-87.

¹⁴ Waquet, *Le latin ou l'empire d'un signe, XVIe-XXe siècle...*

¹⁵ Clément Falcucci, *L'humanisme dans l'enseignement secondaire en France au XIXe siècle* (Toulouse: E. Privat, 1939).

Floris Verhaart¹⁶, Marie-Madeleine Compère y André Chervel¹⁷, entre otros, para el caso europeo. Ellos han abordado, principalmente, los procesos de debate académico y configuración de los planes educativos desde los discursos, conceptos subyacentes e hitos institucionales. La presente propuesta espera complementar sus aproximaciones desde los textos literarios y manuales pedagógicos en la materia como fuentes primarias expresivas de las voces e imaginarios de sus autores.

Para esto, el análisis considerará los textos de gramática y lingüística latina, manuales pedagógicos, traducciones, ediciones críticas y ensayos relativos al mundo clásico griego y romano redactados y publicados entre 1838 y 1870, fechas que enmarcan toda la producción escrita por los autores seleccionados en dichas materias. La enseñanza vinculada al latín y a la latinidad en el siglo XIX no se restringió únicamente a su expresión idiomática, sino al universo histórico y cultural que le daba sentido y que, en el sistema educacional, se comprendía en la línea fundamental de las Humanidades. Durante los tres primeros tercios del siglo XIX, hablar de “Humanidades clásicas” habría sido redundante. Estas coincidían, en gran medida, con los estudios clásicos y estos últimos, con los cursos de latinidad, que comprendían el cultivo de la lengua y las letras latinas e incluían el conocimiento de autores griegos antiguos¹⁸.

Sobre las fuentes seleccionadas, se ha trabajado con una metodología de revisión heurística, que ha identificado sus principales conceptos, obras, tópicos y estructura, para luego realizar un ejercicio de sistematización y análisis que identifique similitudes y líneas comunes, con el fin de derivar conclusiones interpretativas respecto de los imaginarios sobre el mundo clásico subyacentes a estos documentos.

La investigación propuesta se ha desarrollado desde una perspectiva de análisis conceptual e historiográfico, orientado por el enfoque de los estudios de recepción clásica, que permite comprender estos ejercicios de escritura y reescritura como prácticas de apropiación activa y creativa de los textos clásicos y de la cultura antigua en diálogo con el contexto cultural de Chile y su sistema educacional a mediados del siglo XIX, integrado en los debates internacionales contemporáneos¹⁹.

¹⁶ Floris Verhaart, *Classical learning in Britain, France, and the Dutch Republic, 1690-1750. Beyond the Ancients and the Moderns* (Oxford: Oxford University Press, 2020).

¹⁷ Marie- Madeleine Compère y André Chervel, «Les humanités dans l’histoire de l’enseignement français», *Histoire de l’éducation* 74 (1997), 5-38.

¹⁸ Compère y Chervel, «Les humanités dans l’histoire de l’enseignement français», 6-9. En medio del debate sobre la importancia de los estudios clásicos para la educación francesa, el teólogo y pedagogo Félix Dupanloup definía a las Humanidades como el conjunto de cursos sobre las lenguas y literatura latina y griega, que constituían la alta educación intelectual. Félix Dupanloup, *De la haute éducation intellectuelle* (Orléans: Gatinau Librairie, 1855), 14.

¹⁹ Adherimos a las definiciones sobre recepción clásica desarrolladas, entre otros, por Lorna Hardwick, «From the classical tradition to reception studies», *Reception Studies* 33 (2003): 2; Lorna Hardwick y Christopher Stray, *A Companion to Classical Receptions* (Oxford: Wiley-Blackwell, 2010), 4-5; y Charles Martindale, *Redeeming the text. Latin poetry and the hermeneutics of reception* (New York: Cambridge University Press, 1993), 7.

Latín y mundo clásico en la educación chilena a mediados del siglo XIX

Desde los orígenes del sistema educativo republicano, los estudios de latinidad fueron una materia central en los planes curriculares. Aunque los intelectuales patriotas propusieron una renovación de los objetivos y fundamentos de la escolarización, orientada desde la independencia a formar a los nuevos ciudadanos de Chile, las asignaturas y contenidos dispuestos en sus primeros proyectos dieron continuidad a las materias desarrolladas durante los siglos coloniales, cuando el modelo de la *Ratio Studiorum* dominó el sistema de enseñanza. El primer plan de estudios aprobado en 1813 para el Instituto Nacional contemplaba cátedras de latín de minoristas y mayoristas, que cubrían la gramática en base al texto de Antonio de Nebrija y promovían la traducción de fragmentos seleccionados de autores como Fedro, Horacio y Cornelio Nepote²⁰.

El argumento que legitimaba la enseñanza del latín y la lectura de autores romanos se vinculaba con el contenido moral de dichas obras. La tradición de una formación humanista sustentada en los estudios clásicos proponía que, mediante ellos, era posible educar a personas integrales, intelectualmente capaces y éticamente virtuosas²¹.

Al consolidarse la independencia de Chile, en 1818, esta propuesta educacional se vio fortalecida. A las cátedras de latín, que eran las que más matriculados contaban, se sumaron nuevos cursos con un ánimo similar: Filosofía, Elocuencia e Historia literaria, basados en los modelos de Aristóteles, Cicerón y Quintiliano. El carácter clasicista de los planes escolares se mantuvo así a lo largo de la década de 1820²².

No obstante, la implementación y primacía de estas asignaturas no estuvo exenta de críticas. Mientras algunos académicos, como Camilo Henríquez, cuestionaron la utilidad de enseñar en lengua latina en el contexto de un proyecto patrio²³, otros ofrecían evidencias sobre la ausencia de profesores idóneos y sobre las carencias y escasa preparación de los alumnos para lograr un adecuado aprendizaje. A lo anterior se agregaba la falta de libros, que se limitaban a algunos ejemplares de los clásicos latinos, compilados en fragmentos seleccionados²⁴.

²⁰ Huidobro, María Gabriela, y Calderón, Estefanía, «Continuidades, cambios y relecturas en la enseñanza del latín en Chile durante un período de transición (1800-1830)», *Historia* 396 11 (2021), 212-217.

²¹ Ejemplo de estos argumentos lo ofreció Juan Egaña en 1811, en sus *Reflexiones sobre el mejor sistema de educación que puede darse a la juventud de Chile* (Archivo Histórico Nacional de Chile (AHNCh), Fondos Varios, MS. Folio 796).

²² Huidobro & Calderón, «Continuidades, cambios y relecturas en la enseñanza del latín en Chile durante un período de transición (1800-1830)», 219-222.

²³ Camilo Henríquez, «Hay que enseñar en el propio idioma», *Aurora de Chile* 2, nº 3 (Santiago, 21 de enero de 1813); Claudio Gutiérrez, *Educación, ciencias y artes en Chile, 1797-1843: Revolución y contrarrevolución en las ideas y políticas* (Santiago: Ril, 2011), 54.

²⁴ Domingo Amunátegui, *Los primeros años del Instituto Nacional* (Santiago: Imprenta Cervantes, 1889), 689-695; Huidobro & Calderón, «Continuidades, cambios y relecturas en la enseñanza del latín en Chile durante un período de transición (1800-1830)», 221-223.

Estos problemas motivaron los primeros esfuerzos para perfeccionar la enseñanza humanista secundaria, buscando mejores métodos pedagógicos y material adecuado. No se trataba de un desafío exclusivo en Chile. En la misma época, en países como Francia y Gran Bretaña, la discusión educacional giraba en torno al lugar de los estudios clásicos en el currículum secundario. El cuestionamiento a estos transitaba también entre los argumentos sobre su utilidad y la escasa efectividad de las metodologías didácticas²⁵.

En ese contexto, los pedagogos chilenos buscaron manuales europeos que sirvieran como modelos y se dispusieron a imprimirlos o traducirlos al español para su uso en los liceos. En 1824, se publicó una edición del *Compendio de las lecciones sobre la retórica y bellas letras* del escocés Hugo Blair, siguiendo la traducción española de José Luis Munárriz y Salas. En 1826, Pedro Fernández Garfias, profesor del Instituto Nacional, tradujo desde el francés el *Método para la enseñanza de las lenguas* de Jean Jacques Ordinaire, reeditado en 1828, y un *Librito de terminaciones que contiene las declinaciones, las conjugaciones y las reglas de la sintaxis latina*, basado en la obra del francés Charles François L'Hommond. A ellos, Fernández Garfias sumó un *Librito de nomenclaturas* en latín y español en 1827 y un *Suplemento a la segunda parte de la gramática latina* de Ordinaire en 1828. Del mismo modo, en 1827 y 1830, se imprimió la obra *Epitome Historiae Sacrae* de L'Hommond, texto educativo popular en Francia, en una edición francesa-española. También en 1827, el académico Juan Egaña elaboró un tratado de filosofía en latín titulado *Tractatus de re logica, metaphisica, et Morali pro filiis et alumnis Instituti Nationalis*, para ofrecer, tal como declaraba su nombre, material de enseñanza para el Instituto Nacional²⁶.

Con todo, la mayoría de estas obras se mantuvo dentro de los límites de la reedición y traducción de manuales y métodos probados en las escuelas europeas. La estrategia permitió que, en 1828, el Senado elogiara las mejoras advertidas en las salas de clases, aunque se trataba de un avance restringido al Instituto Nacional²⁷. El fortalecimiento ampliado de la educación secundaria humanista requería del aporte de más y mejores académicos, pero Chile no contaba con esas capacidades. Por eso, desde el gobierno de Francisco Antonio Pinto, las autoridades promovieron la inmigración de intelectuales extranjeros que contribuyeran al proyecto republicano y a sus desafíos en materia educacional.

²⁵ Falcucci, *L'humanisme dans l'enseignement secondaire en France au XIXe siècle...*, 135-155. Diversos testimonios de las primeras décadas del siglo XIX reflejan un debate en dichos términos. Por ejemplo, los discursos del profesor Luce de Lancival en las distribuciones de premios escolares del Lycée impérial de Paris, de 1801 y 1808, y la oración pronunciada por el profesor L. Chevallier en la distribución de premios del Collège Royal de Versailles, en agosto de 1818.

²⁶ Juan Egaña, *Tractatus de re logica, metaphisica, et morali : pro filiis et alumnis Instituti Nationalis Jacobo Politanzæ Erudiendis* (Santiago: Imprenta de R. Rengifo, 1827). Véase José Toribio Medina, *Biblioteca de traductores (1820-1924)* (Santiago: DIBAM, 2007), 80-81.

²⁷ «Anexo 479. Instituto Nacional, Cámara de Senadores, Sesión 40, 14 de noviembre de 1828», *Sesión de los Cuerpos Legislativos de la República de Chile* (Santiago: Biblioteca Nacional de Chile, 1889), XV, 430.

La llegada a Chile de académicos como el español José Joaquín de Mora y el venezolano Andrés Bello puede comprenderse, entre otros factores, en relación con dicho contexto. Ambos se ubicaron a la cabeza de los primeros proyectos escolares particulares, el *Liceo De Chile* y el *Colegio de Santiago*, respectivamente, fundados en 1829. Estas instituciones constituyeron una plataforma para incentivar la incorporación de más profesores extranjeros – en especial, franceses – de sólida formación clasicista. Entre ellos, Pierre Chapuis, primer director del Colegio de Santiago; Joseph Coupelon, director del Collège de Paris, bachiller en Letras y profesor de retórica, griego y latín; Casimir Cochard, profesor de latín; y Louis Théodore Morinière, bachiller en Letras y profesor de historia y derecho romano²⁸.

Si bien estos establecimientos difirieron en sus enfoques políticos y tuvieron una breve existencia, al cerrarse en 1831, ambos constituyeron el reflejo de la tradición educativa que se insistía en promover y que ubicaba a los estudios clásicos y de latinidad en el eje de la propuesta curricular. Sus programas contemplaban la enseñanza de gramática y literatura latinas, filosofía, historia y cursos de profundización en retórica²⁹. La estructura de sus planes y los contenidos eran similares a los que caracterizaban a la educación secundaria francesa y así se proyectó para el sistema chileno a lo largo de la década de 1830.

La publicación de la *Gramática de la lengua latina* de Francisco Bello en 1838 debe comprenderse en el contexto de dichas influencias. Su autor afirma que, entre las principales referencias para su obra, se contaban los manuales y métodos de Ordinaire, Lefranc, Lancelot, Lemare y la escuela lingüística de Port Royal, además del italiano Riccioli³⁰. La novedad del texto de Bello radicaba en su autoría plena: si bien basado en los libros galos, los ejemplos, ejercicios y estructura resultaban de su creatividad e intención pedagógica, inaugurando un esfuerzo que, en los años siguientes, daría cabida a nuevas publicaciones y que, en su caso, permitiría reediciones a cargo de Andrés Bello³¹.

Modelos como el norteamericano y el francés se fueron consolidando como referentes, sobre todo en la medida en que la educación comenzó a ser concebida no solo como el mecanismo para formar a los ciudadanos de la república, sino también como una vía para la modernización de esta³². Entre las diversas estrategias para fortalecer el sistema educacional chileno, dos hitos resultaron trascendentales para el destino de las humanidades y los estudios clásicos en el país.

²⁸ Manuel Vega, *Album de la colonie française au Chili* (Santiago: Imprimerie et lithographie Franco-Chilienne, 1904), 68; Juan Pablo Conejeros, *La influencia cultural francesa en la educación chilena, 1840-1880* (Santiago: Ediciones Universidad Católica Cardenal Raúl Silva Henríquez, 1999), 87-89.

²⁹ María Gabriela Huidobro, «Educación humanista, cultura clásica y legitimidad republicana: la batalla oratoria entre Andrés Bello y José Joaquín de Mora (1828-1830)», *Revista de Historia* 27, 2 (2020), 214-219.

³⁰ Francisco Bello, *Gramática de la lengua latina* (Santiago: Imprenta de la Opinión, 1838), 6.

³¹ Hanisch, *El latín en Chile...*, 106.

³² Sol Serrano, Macarena Rengifo y Francisca Ponce de León, *Historia de la Educación en Chile (1810-2010)* (Santiago: Taurus, 2013), 70-72.

El primero fue la fundación de la Universidad de Chile, inaugurada en 1843 con el rectorado de Andrés Bello. Desde entonces, la Facultad de Filosofía y Humanidades de esa institución asumió la dirección de las escuelas primarias, la creación de reglamentos y programas para el sistema escolar, las directrices para la formación del magisterio, la determinación y supervisión de los exámenes de promoción, y la revisión y aprobación de los textos de estudios. Dados estos roles, al alero del Consejo Universitario y durante las décadas siguientes, se abrió espacio para el debate sobre la pertinencia de la enseñanza del latín y el lugar de los estudios humanistas en el sistema secundario y terciario, diálogo que se nutrió de la participación de intelectuales chilenos y extranjeros. Entre ellos, quienes defenderían la relevancia de las humanidades y del latín para constituir aquella comunidad cultural que trabajaría por fortalecer los estudios clásicos en Chile y publicaría, con la validación del Consejo, libros y manuales sobre Grecia y Roma.

El segundo hito consistió en la aprobación, en 1843, del programa curricular para el nivel secundario conocido como Plan de Estudios Humanista, cuyo diseño fue liderado por Ignacio Domeyko y Andrés Bello. La propuesta era coherente con la intención de formar ciudadanos virtuosos. Se definió con un carácter republicano y desde una inspiración ilustrada para sostenerse sobre un eje clásico, a lo largo del cual los estudios de latín se complementaban con asignaturas como historia, gramática, lenguas modernas, geometría, álgebra, química, cosmografía y geografía. La propuesta solo diferenciaba los cursos finales de matemáticas de aquellos tradicionales humanistas por la ausencia y presencia respectiva de las últimas clases de latinidad.

El plan, sin embargo, debió enfrentar problemas similares a los que aquejaban al sistema escolar en las décadas previas, sobre todo en el desafío por implementarlo más allá de las aulas del Instituto Nacional y de la ciudad de Santiago. Una formación sostenida sobre las Humanidades requería de capacidades humanas y materiales para su desarrollo, ausentes en la mayoría de los establecimientos. Dichas carencias fueron las que, en parte, aceleraron los cuestionamientos sobre la pertinencia de la latinidad para el currículum escolar, aunque también generaron respuestas y reacciones propositivas para buscar soluciones. La aplicación del Plan de Estudios Humanista requería de docentes habilitados en conocimientos y metodologías, para lo que también hacía falta bibliografía y material de enseñanza adecuado y suficiente en número³³. Hasta la década de 1840, solo existían algunas ediciones, en su mayoría importadas, de libros de Historia Antigua, traducciones o versiones latinas de los clásicos y manuales de gramática, de manera que fue necesario impulsar una producción editorial local³⁴. Pero los esfuerzos no se limitaron a ello. En ese contexto, se elaboró parte importante de esos textos y manuales que podrían reconocerse como una producción escritural fundante de una primera comunidad de

³³ Cruz, *El surgimiento de la educación secundaria pública en Chile...*, 95-115.

³⁴ Libros como el de Lhomond, *Epitome Historiae Sacrae*, cuyo uso no se orientaba tanto a la enseñanza de la historia bíblica como al aprendizaje del latín, fue publicado en la imprenta de El Mercurio, en Valparaíso, en 1843 y 1845.

estudios clásicos en Chile que volcó sus esfuerzos para defender y garantizar la formación humanista en el país.

El momento era decisivo. Entre 1857 y 1865, el debate sobre el lugar de los estudios de latinidad en el currículo alcanzó su momento más álgido al interior de la Facultad de Filosofía y Humanidades. Por un lado, académicos como Benjamín Vicuña Mackenna, Alberto Blest Gana, Miguel Luis Amunátegui, Gregorio Víctor Amunátegui y Guillermo Matta proponían la abolición de su obligatoriedad, al criticar la inutilidad que esta representaba para una educación que debía propender a un carácter moderno y científico. Por el otro, intelectuales como Joaquín Larraín Gandarillas, Andrés Bello, Justo Florián Lobeck y Vicente Fidel López defendieron los fundamentos humanistas y el valor moralizante de los estudios clásicos. Finalmente, en 1865, el Consejo determinó la continuidad de su obligación a nivel secundario para la consecución del Bachillerato en Humanidades y para las carreras de Leyes y Medicina, pero dicho requisito se eliminó para los programas matemáticos y científicos³⁵.

La intensa discusión motivó investigaciones en terreno, la redacción de informes para sesiones especiales del Consejo Universitario, columnas en periódicos y la elaboración de obras académicas y textos de estudio. En este último caso, el debate podría comprenderse como un acicate que incidió en la intensificación y sistematización de una escritura orientada a la defensa y promoción de las humanidades y la latinidad por medio de reediciones y publicaciones originales que conectaron a los cultores de la Antigüedad Clásica como una primera comunidad de estudios clásicos en Chile.

Una comunidad de clasicistas

Desde comienzos del siglo XIX, algunos intelectuales, como Juan Egaña Risco, promovieron en Chile el estudio de las obras clásicas griegas y romanas. No obstante, la llegada de más profesores extranjeros desde fines de la década 1820 permitió trascender esos esfuerzos particulares para dar origen a esa comunidad cultural que sostuvo la educación humanista y de latinidad a mediados de la misma centuria y cuya figura más destacada históricamente ha sido Andrés Bello. La revisión de sus trayectorias biográficas permite advertir experiencias similares entre ellos, enmarcadas en espacios académicos, culturales y laborales comunes que les habrían posibilitado articular y compartir visiones, expectativas, códigos, prácticas y valores.

Nacido en Caracas en 1781, Andrés Bello se acercó a la literatura clásica, sobre todo latina, guiado por fray Cristóbal de Quesada y Rafael Escalona. En 1800, obtuvo el Bachillerato en Artes por la Real y Pontificia Universidad de Caracas, época cuando inició ejercicios de traducción y producción poética inspirado en autores como Virgilio y Horacio. Desde 1802, se desempeñó como funcionario del gobierno colonial, pero tras la prisión del rey Fernando VII, comenzó a

³⁵ Hanisch, *El latín en Chile...*, 109-119; Cruz, *El surgimiento de la educación secundaria pública en Chile...*, 179-190.

participar en la acción patriota que encaminó a las colonias a su independencia. En 1810, viajó con Simón Bolívar y Luis López Méndez a Londres, para conseguir la protección británica de Venezuela, permaneciendo en Inglaterra hasta 1829³⁶. Allí cumplió funciones diplomáticas para su país, Colombia y Chile, pero no descuidó su carrera académica, desempeñando funciones docentes y revisando libros y archivos del Museo Británico y la British Library. Su formación clásica recibió impulso gracias a la influencia del intelectual venezolano Francisco de Miranda, quien lo inició en el conocimiento del griego antiguo y sus principales autores³⁷. Continuó también con su labor de traductor de versos latinos y creador de poemas bajo el modelo de Virgilio y Horacio, pero adaptándolo a motivos americanos. *Alocución a la poesía* (1823) y *La agricultura en la zona tórrida o Silva a la agricultura* (1826) son buen ejemplo de ello.

En 1829, viajó a Chile, invitado por el gobierno, para establecerse definitivamente en este país y trabajar como jurista, académico y político. Dirigió emblemáticos proyectos educativos, como el Colegio de Santiago y la Universidad de Chile, donde defendió públicamente la importancia de los estudios humanistas y del latín para una pedagogía republicana. Así se evidencia en su columna publicada en *El Araucano* en 1831, titulada “Sobre el estudio de la lengua latina” y en su discurso de instalación de la Universidad de Chile en septiembre de 1843³⁸.

Su defensa del humanismo clásico para la formación de la juventud no fue solo retórica, sino que se acompañó de esfuerzos editoriales por crear material educacional y literario. En 1830, publicó un *Compendio de la historia de la literatura* para el Instituto Nacional, reeditado en 1850, cuya primera parte trataba sobre las obras y géneros cultivados en la Antigüedad griega y romana. Dichos contenidos fueron reeditados en 1915 como una obra singular titulada *Historia de las literaturas de Grecia y Roma*. En 1847, realizó una edición latina del libro V de *Tristium* de Ovidio, con notas críticas, y hacia 1849, prologó y tradujo los tres primeros libros de la comedia

³⁶ Barry Velleman, *Andrés Bello y sus libros* (Caracas: La Casa de Bello, 1995), 21; Hugo Montes, «Andrés Bello, humanista», *Revista Chilena de Humanidades* 1 (1982), 48-49; Iván Jaksic, *Andrés Bello: la pasión por el orden* (Santiago: Editorial Universitaria, 2001), 33-35; Fernando Murillo, *Andrés Bello* (Madrid: Quorum, 1987), 13.

³⁷ Miguel Castillo, «Miranda y la senda humanista de Bello», *Revista Chilena de Humanidades* 13 (1992), 11-33; Velleman, *Andrés Bello y sus libros...*, 33-38; Alamiro Ávila, *Andrés Bello y los libros* (Santiago: Fondo Andrés Bello, 1981), 37-41.

³⁸ Andrés Bello, «Discurso pronunciado en la instalación de la Universidad de Chile el 17 de setiembre de 1843», *Anales de la Universidad de Chile* 49-52 (1943 [1843]): 7-21; Andrés Bello, «Sobre el estudio de la lengua latina» (*El Araucano*, 1831), en *Antología de Andrés Bello*, comp. por Roque Esteban Scarpa (Santiago: Fondo Andrés Bello, 1970), 125-135; Mariano Nava, «Andrés Bello y la tradición clásica. Algunos problemas para su valoración», *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios griegos e indoeuropeos* 30 (2020): 264; Gabriela Ossenbach, «Andrés Bello: discurso inaugural de la Universidad de Chile (1843)», *Transatlántica de educación* 5 (2008): 19-28.

Rudens de Plauto, labor que permaneció manuscrita durante su vida, a modo de apuntes en hojas sueltas³⁹.

Bello se hizo cargo, además, de las reediciones de 1847, 1854 y 1863 de la *Gramática de la lengua latina* elaborada en 1838 por su hijo Francisco. Respecto de este último, existen pocos antecedentes biográficos. Nació en Londres el 13 de octubre de 1817 y llegó a Chile junto a su padre en 1829, donde completó su formación escolar. Educado en conocimientos de latinidad y compartiendo una relación intelectual con su progenitor, en 1835, Francisco Bello ganó la oposición a la cátedra de latín en el Instituto Nacional y, en su condición de profesor, publicó su mencionada *Gramática*, la que dedicó a su padre como ofrenda de afecto filial⁴⁰. Estudió Derecho y se tituló como abogado por la Universidad de San Felipe en 1839. Consideraba que aprender latín era fundamental para conocer las raíces de la tradición legislativa⁴¹. Acompañó a su padre en la instalación de la Universidad de Chile, donde se incorporó como académico de las Facultades de Leyes y de Filosofía y Humanidades. Ejerció como secretario de la Cámara de Senadores y, en su labor literaria, compuso poemas con los que contribuyó a la prensa de la época. No obstante, su carrera concluiría con su temprana muerte, el 13 de junio de 1845, producida por una tuberculosis⁴².

La contribución de Francisco Bello a los estudios clásicos trascendió a su fallecimiento. Las reediciones de su *Gramática* confirman que tuvo una positiva acogida en la enseñanza escolar – las nuevas ediciones surgieron tras agotarse las anteriores⁴³ – y que se instaló como un proyecto emblemático para los académicos adherentes al proyecto humanista. Andrés Bello no fue el único que participó de las nuevas ediciones. La tercera fue trabajada por Louis Antoine Vendel-Heyl, quien agregó correcciones, realizó una redistribución de sus partes e incluyó, en su obra *Sumario de la Historia de Grecia i de Roma*, un índice general de la sintaxis latina elaborada por Francisco Bello. La cuarta edición, en tanto, estuvo a cargo de Justus Florian Lobeck, quien no solo reeditó la obra con siete mil copias⁴⁴, sino que recuperó una parte de ella para publicarla en 1862 y 1873 bajo el título *Prosodia i métrica latinas*.

Lobeck y Vendel-Heyl pueden ser considerados como parte de esta comunidad cultural, no solo por contribuir en las obras de los Bello, sino por aportar con una profusa producción editorial

³⁹ Rosario López, «La traducción de Andrés Bello de la comedia *Rudens* de Plauto», en *Tradición y traducción clásicas en América Latina* ed. por Helena Maquieira y Claudia Fernández (La Plata: Universidad Nacional de La Plata, 2012), 255-272.

⁴⁰ Francisco Bello, *Gramática de la lengua latina* (Santiago: Imprenta de la Opinión, 1838), I.

⁴¹ Antonio García Reyes, «Discurso pronunciado al incorporarse a la Facultad de Leyes de la Universidad, en elogio de su predecesor don Francisco Bello», *Anales de la Universidad de Chile* 1 (1853): 151.

⁴² Jaksic, *Andrés Bello: la pasión por el orden...*, 331-334.

⁴³ Justo Florián Lobeck, *Carta al rector y Consejo Universitario del Instituto Nacional y Colegios de la República*, (Santiago: Biblioteca Nacional de Chile, Archivos Documentales, AD 17288, 16 de marzo de 1865), f. 1v.

⁴⁴ Lobeck, *Carta al rector y Consejo Universitario del Instituto Nacional y Colegios de la República...*, f. 2.

y pedagógica, participar como profesores en el Instituto Nacional y sumarse al claustro de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile.

Justus Florian Lobeck nació en Profen (Sajonia, Prusia), donde vivió hasta 1835. Ese año, inició su formación en la Universidad de Könisberg, para formarse como filólogo griego y latino y desempeñarse allí, posteriormente, como profesor y bibliotecario. Se graduó como doctor en filología con una traducción crítica del tratado de obstetricia de Sorano de Éfeso, *Sorani Ephesii de Arte obstetricia morbisque mulierum quae supersunt* (1838), y, luego, publicó otras ediciones latinas y traducciones en alemán, con especial interés en los médicos griegos como Hipócrates.

Involucrado en debates políticos con una postura antiimperialista, fue exonerado de su universidad en 1852, lo que pudo llevarlo a buscar nuevos rumbos, dirigiéndose a Chile en 1853. Contratado por el gobierno chileno, se desempeñó como profesor de griego y alemán en el Instituto Nacional y se integró a la Universidad de Chile⁴⁵. En ese contexto, estableció vínculos con Andrés Bello y aportó en los esfuerzos por implementar el Plan de Estudios Humanista, defendiendo, en el seno de la Facultad de Filosofía y Humanidades, la relevancia basal del latín para formar a la juventud. Para eso, elaboró material pedagógico, pues consideraba que los defectos del idioma latino “nacieron no del profesor ni del alumno sino de las fuentes en que ambos han tomado sus conocimientos”⁴⁶ y que la mala calidad del material generaba que se cuestionara su utilidad⁴⁷. Frente a ello, proponía un nuevo método ajustado a las disposiciones de los colegios chilenos. Escribió un *Curso de temas griegos*, dedicado a Manuel Montt, que no alcanzó a publicarse⁴⁸; unas *Historiae litterarum romanarum brevis enarratio* (1858) para los alumnos del Instituto Nacional, reeditadas en 1864 con el apoyo de la Universidad de Chile; *Liber Aureolus. Colección de ejercicios latinos i castellanos destinada a los alumnos de la primera clase de Humanidades del Instituto Nacional i colejos de la República de Chile* (1860), gracias al cual obtuvo, por parte de la Universidad de Chile, dos años para su jubilación temprana; *Progymnasmata Latina: Colección de ejercicios latinos i castellanos, destinada a los alumnos de la segunda clase de humanidades del Instituto Nacional i colejos de la República de Chile* (1862); *Gramática elemental de la lengua latina: arreglada para el uso de los dos primeros años de humanidades del Instituto nacional i colejos de la República* (1864), que completaba con un

⁴⁵ Heriberto Hildebrandt, *1755-2020. Aportes a la historia de la familia Hildebrandt* (Santiago: Edición digital Heriberto Hildebrandt, 2020), 48-54.

⁴⁶ Justo Florián Lobeck, *Carta al señor Ministro de Instrucción Pública* (Santiago: Biblioteca Nacional de Chile, Archivos Documentales, 10 de enero de 1865), AD 17289, f. 1v.

⁴⁷ Lobeck, *Carta al señor Ministro de Instrucción Pública...*, f.2.

⁴⁸ Adolfo Valderrama, «Elojio de don Justo Florián Lobeck – Discurso de incorporación a la Facultad de Humanidades, en 26 de marzo de 1878», *Anales de la Universidad de Chile* 53, 1 (1878): 227.

cuadro teórico sus colecciones de ejercicios anteriores⁴⁹; y *Nociones jenerales: la gramática latina* (1869). Con estos dos últimos textos, afirmaba el autor, esperaba corregir los errores e inexactitudes de los otros manuales de latín en castellano⁵⁰, crítica que lo llevó a enfrentarse al Consejo Universitario, que, al comienzo, no autorizó el uso de su *Gramática* en el Instituto Nacional, abriendo un áspero debate con Lobeck.

Su producción clasicista no se limitó a los manuales. También aportó con monografías académicas. En 1858, dedicó a Andrés Bello, con motivo de su cumpleaños, una revisión historiográfica titulada *Artis historiam conscribendiqualis apud graecos fuerit, brevis enarratio*. En 1863, publicó *Ojeada retrospectiva sobre la marcha que, desde los tiempos antiguos hasta nuestros días se ha seguido al tratar de la mitología clásica*. Además, contribuyó con monografías para los *Anales de la Universidad de Chile*, como *Numismática* (1859), *Estudio filológico sobre la condición de la mujer en la época homérica* (1861) y *Estudio Filológico. El Parlamento* (1867). Falleció en agosto de 1869, siendo aún catedrático de la Universidad de Chile.

Louis Antoine Vendel-Heyl, por su parte, nació en París en 1791, en una familia católica de pocos recursos, originaria de Alemania, que había huido de dicho país por motivos religiosos. Sus padres apostaron por su educación, por lo que pudo dedicarse al estudio de las humanidades bajo la dirección del helenista José Planche. En 1815, recibió el título de agregado de la Universidad de París y se desempeñó como profesor de retórica y subdirector del Collège Royal d'Orléans, tras lo cual fue profesor de la clase superior de humanidades en el Collège Royal de Saint-Louis de París⁵¹.

Su primera publicación data de 1817, *Cours de thèmes grecs, précédé d'une Grammaire grecque*, en cuyo prefacio establecía la necesidad de fortalecer la enseñanza del griego que, en Francia, no gozaba de la misma relevancia que el latín. Su obra tuvo numerosas reediciones y, desde entonces, contribuyó con otros textos a la promoción de los estudios clásicos para la educación escolar francesa, cuya defensa expresaba también en sus discursos⁵². En las décadas de 1820 y 1830, realizó ediciones griego-francés de autores como Plutarco, Jenofonte, Esquilo, Sófocles y Demóstenes, incorporando una explicación final sobre su metodología de traducción. Igualmente colaboró a la difusión de textos latinos. En 1818, participó de la colección de clásicos romanos con una selección de fragmentos de Ovidio, *Selectae Fabulae ex libris Metamorphoseon*

⁴⁹ Valderrama, «Elojio de don Justo Florián Lobeck – Discurso de incorporación a la Facultad de Humanidades, en 26 de marzo de 1878», f. 1.

⁵⁰ Idem

⁵¹ Diego Barros Arana, «Discurso pronunciado por D. Diego Barros Arana en su incorporación a la Facultad de Filosofía i Humanidades de la Universidad de Chile, en elojio de su predecesor D. Luis A. Vendel-Heyl», *Anales de la Universidad de Chile* 1 (1855): 724.

⁵² Ejemplo de ello es su *Discours prononcé à la distribution des Prix du Collège Royal de Saint-Louis*, Paris: Impr. De M. le Dauphin, 17 de agosto de 1827, 9-12.

Ovidii Nasonis, elogiada por otros académicos, y en 1833, publicó una selección latino-francesa de fragmentos de autores como Plinio el Joven, Cicerón, Salustio, Séneca, Plinio el Viejo, Tito Livio y Quinto Curcio, para estudiantes de secundaria. En 1838, publicó un diccionario de griego que, en opinión de Barros Arana, fue su trabajo más acabado, “un precioso diccionario griego que hasta hoy se considera como lo mejor de su género”⁵³.

En los autores antiguos, Vendel-Heyl también buscaba principios de inspiración para su perspectiva política sansimoniana, antimonárquica y republicana, reivindicando el valor de pensadores paganos como Lucrecio. Su postura lo puso en conflicto con el Consejo de Instrucción Pública y parte de la comunidad académica francesa, que terminó por desplazarlo de Saint-Louis⁵⁴.

Tal como ocurrió con Lobeck, su distanciamiento de la actividad docente por motivos políticos lo encaminó a nuevas tierras. Tras fallecer su esposa, Vendel-Heyl y su hijo Émile se embarcaron como docentes en la fragata *L’Oriental*, que iniciaba, en octubre de 1839, una gira de estudios para dar la vuelta al mundo con alumnos y científicos. La embarcación, sin embargo, naufragó frente a Valparaíso el 23 de junio de 1840⁵⁵. Los Vendel-Heyl decidieron quedarse en Chile. Louis Antoine intentó sin éxito crear algunos colegios, pero el reconocimiento que le precedía por sus publicaciones en Francia le permitió entrar en contacto con Andrés Bello y académicos de la Universidad de Chile, a cuya Facultad de Filosofía y Humanidades se integró. Tal como otros pares en Chile, asumió también un cargo docente en el Instituto Nacional, fundando la primera asignatura de griego y dictando otra de poética latina⁵⁶. Émile Vendel-Heyl, en tanto, asumió la cátedra superior de latín que había quedado vacante con la renuncia de Francisco Bello. No obstante, Émile ejerció allí sólo hasta 1843, falleciendo poco tiempo después, en 1847⁵⁷.

La contribución de Louis Antoine no se limitó a la docencia. Tal como en Francia, aportó a los estudios clásicos mediante la elaboración de material pedagógico. Además de contribuir a la prosodia de la gramática de Bello, en 1848, publicó un *Sumario de la Historia de Grecia i Roma* para promover la traducción del castellano al latín, basándose en el modelo del inglés John Clarke. Su metodología, que incluía la historia del mundo helénico y romano en una versión bilingüe español-latina, fue objeto de elogios en la *Revista de Santiago*⁵⁸. En 1850, con

⁵³ Barros Arana, «Discurso pronunciado por D. Diego Barros Arana en su incorporación a la Facultad de Filosofía i Humanidades de la Universidad de Chile, en elojio de su predecesor D. Luis A. Vendel-Heyl», 726.

⁵⁴ *Ibidem*, 728-729; Andrés Estefane, «De naufragios e infortunios. Louis Antoine Vendel-Heyl en Chile», en *XIX. Historias del siglo diecinueve chileno*, Juan Luis Ossa et al. (Santiago: Vergara, 2006), 77-79.

⁵⁵ *El Mercurio de Valparaíso* 3, 457 (24 de junio de 1840), 3.

⁵⁶ Estefane, «De naufragios e infortunios. Louis Antoine Vendel-Heyl en Chile», 80-86; Barros Arana, «Discurso pronunciado por D. Diego Barros Arana en su incorporación a la Facultad de Filosofía i Humanidades de la Universidad de Chile, en elojio de su predecesor D. Luis A. Vendel-Heyl», 729.

⁵⁷ Domingo Amunátegui, *El Instituto Nacional bajo los rectorados de don Manuel Montt, don Francisco Puente y don Antonio Varas (1835-1845)* (Santiago: Imprenta Cervantes, 1891), 431-432.

⁵⁸ José Victorino Lastarria, «Bibliografía», *Revista de Santiago* I (1848): 179-180.

financiamiento del gobierno, publicó *Ensayos analíticos i críticos sobre la primera edad de la literatura romana i particularmente sobre Plauto* que, al año siguiente, se enriqueció de un estudio y fragmentos escogidos de Terencio. La obra había sido revisada y corregida por Andrés Bello, cuyo *Compendio* sobre literatura romana fue incluido en el texto de Vendel-Heyl. No obstante, la tercera parte de su proyecto, que proponía un estudio de Lucrecio, fue objetada por el Ministerio de Instrucción Pública, lo que acabó con su ejercicio editorial. El conflicto con las autoridades terminó por alejarlo del Instituto Nacional en 1852. Sus últimos años los pasó ejerciendo como profesor particular, hasta que sus problemas de salud se agravaron, llevándolo a la muerte en febrero de 1854.

La labor editorial, docente y académica de estos autores se vio complementada con la de otros intelectuales que, en las aulas, en el consejo universitario o mediante otros textos, fortalecieron el proyecto humanista. Entre ellos, algunos han sido identificados con la generación de 1842, definida por su orientación liberal, lo que, sin embargo, no contradujo su aporte a los estudios clásicos. Algunos se educaron en el Instituto Nacional; otros pertenecieron al circuito de intelectuales y políticos que transitaron por América Latina a mediados del siglo XIX.

Nacido en Santiago en 1820, Jacinto Chacón Barrios, por ejemplo, se educó en el Instituto Nacional y luego cursó Leyes. En la década de 1840, se vinculó con la comunidad literaria liderada por José Victorino Lastarria y Francisco Bilbao, contribuyendo a las publicaciones dirigidas por ellos. No obstante, desarrolló también una carrera docente en el Instituto Nacional y, al hacerse cargo de la cátedra de Historia Medieval, en 1847, publicó para ella una *Introducción al estudio de la Edad Media: desde la fundación de Roma hasta su destrucción por los bárbaros que fundaron los pueblos modernos*, en la que resume la historia de Roma Antigua y de su caída. Dos años después, publicó un *Curso de elocuencia sagrada* para el uso de los eclesiásticos americanos. Aunque tenía un fin religioso, la primera parte de su texto se fundamenta sobre las reflexiones de los antiguos, como Cicerón, Quintiliano, Demóstenes y Eurípides. Así, contribuyó también a la elaboración de material pedagógico para el aprendizaje sobre el mundo antiguo.

Del mismo modo, es posible reconocer el aporte del abogado e historiador argentino Vicente Fidel López (1815-1903), quien, por motivos políticos, dejó su patria en 1840 para establecerse en Chile hasta 1852. Tal como en los casos anteriores, López tuvo la oportunidad de contribuir al desarrollo cultural e intelectual del país a través de la pedagogía y desde su escritura, que se volcó a la colaboración en revistas periódicas. En 1843, fundó un liceo en Santiago junto con Domingo Faustino Sarmiento. Su prospecto declaraba que seguirían los modelos europeos en boga y distinguían una enseñanza comercial de una científica, para la cual quedaba reservada la enseñanza de la lengua y literatura latinas⁵⁹. López también ejerció en el Instituto Nacional,

⁵⁹ *Programa y reglamento del liceo, casa de educación establecida en Santiago de Chile* (Santiago: Imprenta del Progreso, 1843), 16-17.

sucediendo a Lastarria como profesor de Retórica, curso para el cual publicó, en 1847, un *Manual de Bellas Letras*. Si bien, con él, dio continuidad a lecciones de oratoria castellana, destacó el modelo de retórica latina desarrollado por Blair. López poseía formación en historia antigua y consideraba al latín como modelo de bellas letras, lo que quedó demostrado en 1845, cuando presentó ante la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, su *Memoria sobre los resultados generales con que los pueblos antiguos han contribuido a la civilización de la humanidad*⁶⁰. En ella destacaba la relevancia y trascendencia de Grecia y Roma como modelos ciudadanos y republicanos.

La revisión de estas trayectorias permite, así, visualizar experiencias definitorias semejantes entre estos autores, más allá de sus particularidades y diferencias de origen. Todos cultivaron la lectura y admiración por los clásicos antiguos, que luego volcaron a prácticas docentes y escriturales, en su mayoría, con fines pedagógicos. Atravesaron conflictos políticos diversos hasta encontrarse en la coyuntura del desarrollo republicano de Chile, a mediados del siglo XIX, en las aulas del Instituto Nacional y en el claustro de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. Allí hallaron la institucionalidad necesaria para llevar a cabo un proyecto aplicado de defensa y promoción de las humanidades y del estudio de la antigüedad clásica. De este modo, pueden considerarse miembros de una comunidad cultural o de interpretación reconocible en dichas experiencias e idearios que sustentaron un primer desarrollo local de los estudios clásicos, dialogante con las reflexiones, debates y obras que, en el extranjero, también se estaban desplegando.

El mundo clásico antiguo representado en los textos clasicistas de Chile

Los textos, traducciones y ensayos de los intelectuales referidos constituyen una valiosa fuente sobre las obras y autores antiguos clásicos que conocían, así como un interesante recurso para analizar los usos y valoraciones que hacían de ellos. Algunos escritos ofrecen verdaderos catálogos de nombres de la Antigüedad y referencias bibliográficas modernas que permiten reconstruir, desde la perspectiva de la historia de la lectura, la bibliografía circulante de y sobre el mundo griego y romano en el siglo XIX.

Así ocurre con la *Gramática de la lengua latina* de Francisco Bello, que se inicia en su portada con una cita de las *Instituciones Oratorias* de Quintiliano (I.4). En su introducción, el autor reconoce los referentes extranjeros que le sirvieron como fuentes secundarias, si bien dio prioridad a los textos antiguos, sugiriendo un uso más directo que mediado sobre ellos⁶¹. Su intención era pedagógica. Consideraba que las gramáticas utilizadas en Chile no enseñaban

⁶⁰ Vicente Fidel López, «Memoria sobre los resultados generales con que los pueblos antiguos han contribuido a la civilización de la humanidad, leída el 21 de mayo de 1845 ante la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile», *Anales de la Universidad de Chile* 1 (1845): 305-349.

⁶¹ Bello, *Gramática de la lengua latina...*, III-IV.

adecuadamente la lengua romana y requerían otra distribución de contenidos, acompañada de ejemplos en latín traducidos también al español. Además, se ocupó de dar un contexto cultural a algunos conceptos para explicar mejor su sentido.

Su trabajo refleja el lugar y jerarquía que algunos autores antiguos ocupaban en la consideración de un latinista del siglo XIX como él. Tienen primacía los ejemplos extraídos de las obras de Cicerón y Virgilio. Con todo, no se trata siempre de citas textuales, sino adaptadas a la necesidad pedagógica de Bello. Así, mantenía el sentido último de las oraciones, pero podía eliminar, invertir, reemplazar o agregar una palabra para que se ajustara a los usos gramaticales que quería explicar. Por ejemplo, para la sentencia *Mors ob oculos saepe versata est*, de *Pro Rabirio Postumo* de Cicerón, Bello integró un dativo que enfatizaba el sentido de la afirmación e invertía los términos, *Ob oculos mihi saepe mors versata est*⁶², sin alterar su contenido, “muchas veces la muerte se me ha presentado a la vista”⁶³.

Las citas no mencionan las referencias específicas de la fuente; solo apuntan al autor. Bello las usó con dos propósitos: explicar las acepciones de un término y ejemplificar sus usos gramaticales. La variedad de autores que se suman a Cicerón y Virgilio es numerosa. Le siguen, en frecuencia, Ovidio, Terencio, Plauto, Séneca, Quintiliano y Horacio, quienes tradicionalmente han entrado en la categoría de clásicos. Figuran también otros escritores comunes en ediciones de la época: Salustio, Plinio, Tito Livio, Juvenal, Tácito, César, Fedro, Lucrecio, Catón, Celso, Marcial, Persio, Cornelio Nepote, Valerio Máximo y Quintiliano. Por último, se agregan menciones a autores de segundo orden, cuyas obras tenían históricamente menos reconocimiento o presencia que los mencionados, como Publio Sirio – muy citado por Bello – Lucio Anneo Floro, Servio Sulpicio Rufo, Eutropio, Silio Itálico, Aulo Gelio, Columella, Quinto Curcio, Tibulo, Veleyo Patérculo, Marco Juliano Justino, Ulpiano, Propercio y Valerio Flaco.

Aunque algunas citas tenían propósitos formales, muchas parecen haber sido escogidas por su contenido moral. Ejemplo son *Pietas fundamentum omnium virtutum*⁶⁴, de *Pro Plancio* 29 de Cicerón; y *Memoria beneficiorum fragilis, injuriarum est tenax*⁶⁵, proverbio asociado a Séneca, frecuente en las colecciones modernas de citas antiguas. La selección podría confirmar que a la enseñanza idiomática subyacía una intención pedagógica humanista, que buscaba instruir en el idioma como puerta de acceso al conocimiento de los principios morales contenidos en las obras clásicas.

Los manuales de gramática, retórica y traducción latina que se basaron en Bello siguieron una orientación similar. El *Curso de elocuencia sagrada* de Jacinto Chacón refleja una intención ética

⁶² *Ibidem*, 219.

⁶³ *Idem*.

⁶⁴ *Ibidem*, 152.

⁶⁵ *Idem*.

trascendente a la enseñanza técnica de la oratoria. En sus planteamientos iniciales, el autor habla de la responsabilidad moral del orador como *vir bonus*, recordando las enseñanzas de Cicerón, Quintiliano y Platón al respecto⁶⁶, contrastados con autores modernos como Fenelon, Tissot y Villemain. Virgilio es también aludido a propósito de su capacidad para instalar discursos en boca de sus personajes⁶⁷, así como Homero por su intuición sobre la naturaleza de las cosas⁶⁸. Continúa luego con la revisión y alabanza a autores modernos cristianos, en una solución de continuidad que se sostiene sobre la identificación del contenido moral y ejemplar de cada uno.

El enfoque se reitera en los otros autores desde Chile. En su *Liber Aureolus*, Lobeck ofreció una dedicatoria que alababa el afán del gobierno chileno por consolidar la república a través de la educación⁶⁹. Sus ejercicios no citan autores, pero las oraciones dispuestas para ejercitar la traducción incluyen nombres de personajes célebres de la historia antigua, como Sócrates y Cicerón, y ofrecen máximas morales para su conversión castellana-latina o en dirección inversa. “Dios llena al mundo con la grandeza de su poder – Los hombres deben obedecer a los mandamientos de Dios, pero no todos les obedecen”⁷⁰; “Un hombre honrado quiere corregir siempre su vida; uno malo rara vez lo quiere”⁷¹; “Nulla est tanta vis, quae non ferro et viribus debilitari frangique non possit - Diligentia omnia facilia fiunt”⁷². La selección de los ejemplos tenía un fundamento pedagógico moral.

En su *Progymnasmata Latina*, dedicada a Andrés Bello con ocasión de los cincuenta años del Instituto Nacional, Lobeck lo confirma. Esperaba que su obra contribuyera:

“a desarrollar la inteligencia de los estudiantes de Humanidades y a formar su juicio, discernimiento y buen gusto; pues la fuerza educadora que ejerce precisamente el estudio de Latín en las almas de los jóvenes educandos debe ser siempre su objeto principal y su fin supremo”⁷³.

Por eso, los ejercicios de traducción, creados o adaptados por Lobeck, combinaban oraciones alusivas a la historia antigua, sobre todo a episodios de la *Odisea* y la *Eneida*, con sentencias morales.

⁶⁶ Jacinto Chacón, *Curso de elocuencia sagrada* (Santiago: Imprenta Chilena, 1849), 6-14.

⁶⁷ *Ibidem*, 19-21.

⁶⁸ *Ibidem*, 36-37.

⁶⁹ Justo Florian Lobeck, *Liber Aureolus. Colección de ejercicios latinos i castellanos destinada a los alumnos de la primera clase de Humanidades del Instituto Nacional y colejos de la República de Chile* (Santiago: Imprenta Nacional, 1860), III-IV.

⁷⁰ *Ibidem*, 69.

⁷¹ *Ibidem*, 138.

⁷² *Ibidem*, 139.

⁷³ Justo Florian Lobeck, *Progymnasmata Latina. Colección de ejercicios latinos i castellanos destinada a los alumnos de la segunda clase de Humanidades del Instituto Nacional i Colejos de la República de Chile* (Santiago: Imprenta Chilena, 1862), XIV.

Esta tendencia se confirma en las ediciones latinas de Andrés Bello y en su manual de historia literaria. Sus textos tuvieron una intención pedagógica moral y cultural. La edición de *Tristium* de Ovidio se acompañó de notas explicativas sobre términos y nombres del mundo antiguo⁷⁴, mientras la elección de *Rudens* de Plauto para su traducción pudo responder al contenido moralizante de esa obra en comparación con otras del autor⁷⁵.

Las intenciones moralizantes se reflejan especialmente en las historias de la literatura antigua y del pasado grecorromano escritas por Bello, Vendel-Heyl, Lobeck y Chacón. El *Compendio de Historia de la Literatura* de Andrés Bello tuvo un enfoque más político y cultural que crítico literario. Este abarcó en 30 páginas las letras del antiguo Oriente – India, Egipto, Babilonia, Caldea, Asiria, Fenicia, Persia, Arabia, China y Judea – y en 160, las griegas – hasta época bizantina – y romanas – hasta el primer periodo imperial. La revisión se ordenó en etapas histórico-políticas que enmarcaban los géneros, pero no se quedaban en su descripción. Los comentarios sobre los contextos de producción, la biografía de autores y los contenidos de sus obras señalan un ejercicio de valoración por parte de Bello sobre los impulsos y limitaciones que en cada época definieron la libertad creativa de un pueblo, determinando la calidad literaria y moral de cada obra. Para Bello, el patrimonio común de los hombres libres radicaría en las ciencias y artes, expresiones de su momento político⁷⁶. La calidad estética no podía dissociarse de su contenido ético. Y de ahí que, si el objetivo de la educación en Chile debía ser formar ciudadanos para la república, toda materia debía orientarse en función de esta meta.

El autor exaltó las obras de los períodos de auge político de la Antigüedad – una idealizada democracia ateniense⁷⁷, una república romana hasta el primer período augusto – que ofrecerían modelos de raciocinio, elegancia y simpleza. Criticó, en cambio, a aquellas representativas de épocas despóticas o tiránicas: Grecia tras la guerra del Peloponeso, en tiempos helenísticos y romanos. Aun cuando se apoyó en críticos modernos, como Tissot, Janin, Rollin, Nieburh y Villemain, Bello estableció sus propios juicios sobre el valor formativo de cada escritor. Relevó, por ejemplo, a Píndaro por cantar a la justicia, piedad y amistad. Destacó a Sófocles sobre Esquilo y, en cambio, condenó la inmoralidad de Aristófanes, reflejo de la crisis de su tiempo, así como la superficialidad de Luciano de Samosata y la parcialidad pro-helenista de Plutarco, pese a la calidad de sus máximas morales⁷⁸. Alabó a Demóstenes, por representar la lucha contra el despotismo y la inmoralidad, expresada en la sencillez de la verdadera oratoria, antítesis de la

⁷⁴ Ovidio, *Tristium, libri V* (Santiago: Typographio Chilensi, 1847).

⁷⁵ López, «La traducción de Andrés Bello de la comedia *Rudens* de Plauto», 257.

⁷⁶ Andrés Bello, *Compendio de historia de la literatura redactado para la enseñanza del Instituto Nacional* (Santiago, Imprenta Chilena, 1850), 34.

⁷⁷ *Ibidem*, 45.

⁷⁸ *Ibidem*, 50-53, 80-86.

pomposa retórica característica de los tiempos de escasa libertad⁷⁹. En el caso romano, destacó los retratos de costumbres de Plauto⁸⁰ – a quien estaba traduciendo – y de Salustio⁸¹, cuya inmoralidad privada criticó. Exaltó la sencillez de Horacio, “poeta de todos los tiempos, de todas las edades”⁸², cuya *Ars poética* ofreció el “código eterno de la razón y el buen gusto”⁸³. Halló la misma sencillez expresiva de un mundo bucólico en Tibulo, que no se dejó llevar por los intereses políticos⁸⁴, a diferencia de Virgilio, que adoró servilmente al “insigne delincuente”⁸⁵ de Octavio, si bien logró el mejor dramatismo con el libro II de la *Eneida* y un talento maduro con las *Geórgicas*⁸⁶. Criticó la inmoralidad de Ovidio y la pusilanimidad de Cicerón, vanidoso republicano, aunque rescató el valor histórico de sus cartas y la ejemplaridad de sus oraciones⁸⁷.

Su obra constituye un amplio catálogo de autores. No se quedó con los clásicos de primer orden, como los mencionados y otros como Homero, Platón, Aristóteles, Hesíodo, Heródoto, Tucídides, Jenofonte, Enio, Varrón o César. Mencionó igualmente a un sinfín de escritores menos conocidos – entre otros, Teognis de Megara, Jenófanes de Colofón, Calino de Éfeso, Teócrito de Siracusa, Polión, Lucio Varo, Laberio, Gracio Falisco, Marco Manilio o Publio Sirio, también citado por Francisco Bello – incluyendo a mujeres como Safo y Erinna de Teos. En el caso de estos últimos, Bello no ofreció citas ni análisis del contenido de su obra, lo que sugiere que, al menos en el caso de algunos, su conocimiento fue mediado por la crítica literaria e historiográfica de autores modernos. Después de todo, lo más relevante para él no eran los textos en sí mismos, sino sus contenidos y el *exemplum* de sus respectivos autores.

Vendel-Heyl, Lobeck, López y Chacón siguieron una tendencia similar. Este último pronunció un discurso para inaugurar las cátedras de Historia de la Edad Media y de Literatura en el Instituto Nacional, en 1847, fundamentando la relevancia política y social del estudio de la historia en el contexto del fortalecimiento del estado chileno. Para Chacón, la diferencia entre una sociedad subyugada por otra, como Chile colonial, y una república independiente, radicaría en que la primera puede actuar ciegamente, sumida a la voluntad del poder que la gobierna, pero “cuando llevan una existencia propia, deben indispensablemente comprender la marcha de la humanidad, el estado actual del mundo y, en fin, su propia historia, para de este modo, teniendo

⁷⁹ *Ibidem*, 59-71.

⁸⁰ *Ibidem*, 112.

⁸¹ *Ibidem*, 187.

⁸² *Ibidem*, 162.

⁸³ *Idem*.

⁸⁴ *Ibidem*, 133.

⁸⁵ *Ibidem*, 151.

⁸⁶ *Ibidem*, 148-152.

⁸⁷ *Ibidem*, 168-173. Jacinto Chacón comparte ese juicio sobre Cicerón. Chacón, *Curso de elocuencia sagrada...*, 7.

conciencia de sus propios hechos, acelerar el desarrollo de todos los elementos sociales”⁸⁸. Chacón planteaba la concatenación de la historia para vincular a Chile con los hechos que se remontaban a la Antigüedad y, por eso, su introducción a la Edad Media incluía un breve ensayo sobre Roma antigua, su caída a manos de los bárbaros y el surgimiento del cristianismo. El autor explicaba que era allí donde podía comprenderse el alma humana que animó los hechos históricos posteriores, citando al dramaturgo francés Alain-René Le Sage: “La historia de Roma, ha dicho Le Sage, es la de todas las naciones; los pueblos antiguos se funden en ella para producir los nuevos”⁸⁹.

Chacón se apoyó en bibliografía contemporánea francesa, como los *Estudios Históricos* de Chateaubriand, para ofrecer un resumen panorámico de la historia romana. No se enfocó en los principales personajes, sino en el imperio como un sujeto histórico colectivo, cuya decadencia se habría producido por la ambición de poder y la pérdida de una inteligencia ordenadora. Cruzaban, en su reflexión, paralelismos con su época, confirmando el carácter aleccionador que pretendía para su cátedra.

El paradigma historiográfico de Vicente Fidel López fue similar. En su *Memoria sobre los resultados jenerales que los pueblos antiguos an contribuido a la civilización de la humanidad*, revela una noción del transcurso lineal y progresivo de la historia, que insertaba a Chile en la sucesión de hechos originados en la Antigüedad. Desde esa premisa, el valor de la historia radicaría en que enseña

“a la humanidad que todos los progresos son solidarios, que todos están atados entre sí (...) Cuando el estudio de la historia es hecho con conciencia, nos enseña a vivir con la sociable tolerancia del buen patriota; nos enseña a conocer y a respetar las virtudes del ciudadano; nos da valor para practicar y defender el bien en toda ocasión”⁹⁰.

Sobre esa base, proponía buscar los hechos que habían aportado o perjudicado a los avances de la civilización, en una narración que tenía como protagonistas a los pueblos del mundo antiguo. En ellos reconocía el germen de los logros de la modernidad: en Grecia, cuna de todos los conocimientos, y en Roma, el estado del orden y la ley:

“Era preciso que la Grecia elaborase lentamente la filosofía antigua y que la sociabilizase; para que Roma la pudiera incorporar al Estado, bajo la forma de ley civil; y para que las predicaciones cristianas pudieran depositarla en el seno de las masas, como el germen de la

⁸⁸ Jacinto Chacón, *Introducción al estudio de la Edad Media desde la fundación de Roma hasta su destrucción por los Bárbaros que fundaron los pueblos modernos* (Santiago: Imprenta del Progreso, 1847), 4-5.

⁸⁹ *Ibidem*, 12.

⁹⁰ Vicente Fidel López, «Memoria sobre los resultados jenerales que los pueblos antiguos an contribuido a la civilización de la humanidad», *Anales de la Universidad de Chile* 1 (1845): 307-308.

asociación libre y moral de los tiempos futuros, de esos tiempos que comenzamos a ver ya, en nuestro siglo, adquiriendo una innegable realidad”⁹¹.

Para dar fuerza a sus argumentos, citó en latín las palabras de Anquises a Eneas en la *Eneida* VI, 847-853; recurrió a los *Carmina* y *Epodi* de Horacio con citas latinas, y se apoyó en bibliografía moderna, como la *Introduction a l'histoire du droit* de Lerminier. Reflexionó, en especial, sobre la crisis de la república romana, alabando el genio político de César y advirtiendo sobre la necesidad de formar una aristocracia virtuosa en beneficio del bien público.

Por su parte, en sus *Ensayos analíticos y críticos sobre la primera edad de la literatura romana*, Vendel-Heyl reeditó parte del *Compendio* de Andrés Bello, pero lo intercaló con una selección de obras de Plauto, a la que luego agregó comedias de Terencio y, en la última edición, los versos de *De Rerum Natura* de Lucrecio, de la *Astronomica* de Manilio y poemas de Catulo.

Su argumento era moral y pedagógico. Recogiendo la opinión de Bello, Vendel-Heyl reiteró que Plauto fue más que un poeta cómico, pues sus obras contenían reflexiones de un moralista serio y sincero, con profundas observaciones sociales que aún en el siglo XIX podían ofrecer lecciones importantes⁹². El francés incluyó la transcripción latina y análisis de versiones abreviadas del *Anfitrión*, *Aulularia* y *Bacchides* de Plauto, con notas explicativas de carácter gramatical e histórico y comentarios reflexivos en español, que resaltaban los retratos morales de los personajes y advertían sobre los vicios de una sociedad como la romana, dividida en clases artificiales⁹³. Sus meditaciones apuntaban a las virtudes de una república civilizada basada en el imperio de la ley y la razón⁹⁴. Estableció también vínculos intertextuales con las obras de Molière para demostrar la trascendencia de Plauto en la modernidad⁹⁵.

Sobre Terencio, Vendel-Heyl rescató los elogios que había hecho Bello sobre la simpleza del dramaturgo y su modo de abordar los “afectos domésticos”⁹⁶. En sus *Ensayos*, incluyó la versión latina resumida de las obras *Andria*, *Adelphi* y *Hecyra*. Mientras Plauto sería el autor del pueblo, Terencio lo sería de la alta sociedad, retratando las conductas humanas en su esencia y presentando a la reflexión del lector o espectador, dilemas éticos permanentes. Así, el francés fundamentó su selección orientada no a la enseñanza de la lengua o las letras, sino a la formación moral de la juventud.

⁹¹ López, «Memoria sobre los resultados jenerales que los pueblos antiguos an contribuido a la civilización de la humanidad», 346.

⁹² Louis Antoine Vendel-Heyl, *Ensayos analíticos y críticos sobre la primera edad de la literatura romana i particularmente sobre Plauto* (Santiago: Imprenta de Julio Belin y Compañía, 1850), II-III.

⁹³ *Ibidem*, 135.

⁹⁴ *Ibidem*, 136.

⁹⁵ *Ibidem*, 53-55, 92-96, 98.

⁹⁶ *Ibidem*, 148.

De igual modo, su *Sumario de la historia de Grecia i Roma*⁹⁷ ofreció un relato panorámico y anecdótico sobre la Antigüedad helénica y latina, organizado en base a los hitos políticos. Se asoman en la narración los líderes más nobles de tendencia republicana – como Licurgo y Solón – y los déspotas – como Nerón y Domiciano – sobre los que caía el juicio simplificado de Vendel-Heyl. El autor no indicó sus fuentes y referencias, pero siguió un resumen tradicional de la historia grecorromana, cuyo objeto no era historiográfico, sino pedagógico, idiomático y moral.

Una tendencia similar podría observarse con las *Historiae Litterarum Romanarum* de Lobeck, obra escrita íntegramente en latín, destinada a los estudiantes del Instituto Nacional y dedicada al presidente José Joaquín Pérez con un elogio en la lengua romana. La narración mantiene una estructura expositiva como la de sus pares, ordenando en períodos políticos, los principales géneros literarios de Roma, sus exponentes y obras. La novedad radica en que agrega otras materias, como astronomía, matemáticas y arquitectura, que acercan su relato a una historia intelectual de Roma y que extendió su revisión hasta los últimos siglos del período imperial, si bien privilegió el clásico de los siglos I a.C. y d.C. Su obra ofrece un rico catálogo de autores de Roma antigua, compuesto por cerca de ochocientos nombres. Lobeck dio cuenta del conocimiento y lectura de parte importante de ellos, ya fuera directa o mediada por ediciones modernas y comentarios de otros filólogos.

El autor también adscribió a una mirada que vinculaba la política con las posibilidades del genio creativo y rescató los momentos y escritores que habrían gozado de mayor libertad, coincidentes con los mejores tiempos para las letras latina; por ejemplo, los años posteriores a la dictadura de Sila y al imperio de Octavio⁹⁸. Su crítica literaria se fundaba sobre una valoración de la sencillez, sobriedad y elegancia de las obras, criterios estéticos que, en el fondo, traslucían un juicio ético. Especial atención por parte de Lobeck mereció Cicerón, alabado como padre de la elocuencia y la oratoria y por su obra didáctica en materia política⁹⁹.

Se trata de un enfoque que se hacía eco de los criterios que habían predominado antes, en su ensayo sobre historiografía griega de 1858, escrito en latín, donde incluyó una revisión de Dionisio de Halicarnaso, Estrabón, Apolonia de Rodas, Pausanias, Diodoro Sículo, Cicerón, Amiano Marcelino, Platón, Aulio Gelio, Jenofonte, Quintiliano, Luciano, Ateneo, Polibio, Longino y Tucídides¹⁰⁰.

⁹⁷ Louis-Antoine Vendel-Heyl, *Sumario de la historia de Grecia i Roma hecho con el objeto de enseñar la versión del castellano al latín i precedido de un índice general de la sintaxis de D. Francisco Bello* (Santiago: Imprenta Chilena, 1848).

⁹⁸ Justo Florian Lobeck, *Historiae Litterarum Romanarum. Brevis enarratio* (Santiago: Imprenta Nacional, 1864), 30-36.

⁹⁹ *Ibidem*, 40-52.

¹⁰⁰ Justo Florián Lobeck, *Artis historiam conscribendi quam apud graecos fuerit, brevis enarratio* (Santiago: Imprenta del Ferrocarril, 1858).

En su *Ojeada retrospectiva sobre la marcha que, desde los tiempos antiguos hasta nuestros días se ha seguido al tratar de la mitología clásica*¹⁰¹, Lobeck confirmó su bagaje intelectual, haciendo gala de su manejo sobre autores griegos y romanos, así como de los debates historiográficos modernos respecto del valor documental de las fuentes. Entre otros, comentó sobre autores de primer orden – Heródoto, Pausanias, Diodoro Sículo, Platón, Estrabón, Cicerón – pero también sobre unos menos leídos en los circuitos de su tiempo, como Ateneo de Náucratis, Hecateo de Mileto, Herodoro, Héforo, Sexto Empírico, Teopompo y Claudio Eliano. Mencionó además los aportes de investigadores del siglo XIX, como Rodolfo Clausen, Carl Müller, Jacobo Perizonio, Cristóbal Celario, Olao Rudbeck, J. Silvain Bailly y Pedro Wesseling, para explicar, con un afán pedagógico, la metodología histórica aplicada a la comprensión de los mitos antiguos.

Todos los estudios de Lobeck se caracterizan por el amplio número de referencias a autores antiguos, a quienes introducía en un estilo explicativo que buscaba ponerlos en diálogo mediante una narración sencilla y didáctica. En su memoria sobre *Numismática*¹⁰², explicó el origen etimológico y tipológico de las monedas. Desplegó su asombrosa erudición con las referencias a autores clásicos como Homero, Tito Livio, Cicerón, Horacio, Ovidio, Suetonio, Plutarco, Heródoto, Marcial, Aristóteles, Virgilio, Aurelio Víctor, Jenofonte, Séneca, Aristófanes, Catón, Quintiliano, Polibio, Luciano, Eurípides, Plauto, Juvenal, Petronio, Vitrubio, Dion Casio y Plinio, combinados con otros menos conocidos, como Ulpiano, Trebelio Polio, Sexto Pomponio, Lampridio, Flavio Vopisco, Veleyo Patérculo, Aulio Gelio, Columella, Teognis de Megara, Hesiquio, Ateneo de Náucratis y la obra *Onomastikon* de Julio Pólux. Agregó también bibliografía complementaria moderna, como el *Discours sur les médailles antiques* de Louis Savot (1627), el *Thesaurus Antiquitatum Romanarum* de Johann Graevius (1697), la edición de Christian Lobeck sobre la obra de Frínico (1820) y *Familiae Romanae* de Jean-Foy Vaillant, del siglo XVII. Incluyó, además, a autores bizantinos y medievales, como Suidas, autor de la *Suda*, y al fraile Cedreno, del siglo XI.

A diferencia de los estudios mencionados, su ensayo filológico sobre *El Parlamento*¹⁰³ se basó más en textos modernos que antiguos, aunque dejó espacio para ejemplificar con Tácito, Aristóteles, Cicerón, Platón, Aulio Gelio, Diógenes Laercio y Homero, citando en griego versos de *Ilíada* y *Odisea*. Pese a lo abrumadora que podría resultar la extensa lista de autores mencionados por Lobeck, predominaba siempre su afán pedagógico. No buscaba generar apuntes eruditos, sino acercar la cultura sobre la Antigüedad clásica a los lectores.

¹⁰¹ Santiago: Imprenta del Ferrocarril, 1862.

¹⁰² Justo Florián Lobeck, «Numismática. Memoria presentada a la Facultad de Humanidades el 25 de julio de 1859», *Anales de la Universidad de Chile* 16 (1859): 788-808.

¹⁰³ Justo Florián Lobeck, «El Parlamento – Estudio Filológico», *Anales de la Universidad de Chile* 29 (1867): 852-878.

La misma intención lo inspiró en su ensayo sobre las mujeres griegas en época homérica¹⁰⁴, estudio sobre las costumbres y virtudes asociadas a los roles femeninos. Su hipótesis proponía que, en tiempos fundacionales de Grecia, las mujeres gozaron de una libertad y consideración admirables, que se perdió luego por influjo oriental. Lobeck enseñaba así sobre el respeto y valoración debidos a las mujeres a través del ejemplo homérico, apoyado en citas griegas a la *Iliada* y *Odisea*, complementado con bibliografía crítica y la mención de autores como Sófocles, Esquilo, Eurípides, Aristófanes, Heródoto, Séneca, Enio, Virgilio, Platón, Lucano, Píndaro, Dionisio de Halicarnaso y, menos conocido, Valerio Harpocración.

No hay escrito, por tanto, que no proyecte una intención pedagógica y promotora de los estudios clásicos y del valor de la cultura griega y romana. La lectura de los textos clasicistas publicados en el país por esta comunidad de autores refleja su convicción sobre el rol formativo y moral que la cultura clásica podía ejercer para la juventud. Eso no significa que la representación propuesta por estos intelectuales sobre las letras antiguas haya sido del todo idealizada, sino más bien que fueron objeto de relecturas para una nueva puesta en valor en relación con los modelos y *exempla* que podían ofrecer para la reflexión situada en la nueva república chilena.

A modo de conclusión

La conformación de una comunidad cultural por parte de Francisco y Andrés Bello, Justo Florián Lobeck, Louis Antoine Vendel-Heyl, Vicente Fidel López y Jacinto Chacón, como admiradores y promotores del mundo antiguo, constituye un hito fundacional en la historia de los estudios clásicos en Chile y América Latina. Su producción escrita, centrada en las letras griegas y latinas antiguas, representa un valioso corpus documental construido sobre la base de experiencias, expectativas y fines comunes a dichos intelectuales. No se trata de textos meramente coincidentes en el marco cronológico tempo-espacial de Chile a mediados del siglo XIX. En ellos subyacen conexiones dadas por perspectivas y proyectos a los que estos escritores adscribieron, dialogando y trabajando entre sí para la promoción de los estudios clásicos y su valoración para el proyecto educativo y político de Chile republicano.

A lo largo de sus páginas, se hace patente la interacción de estos autores en proyectos conjuntos, respaldando, mejorando, dedicando y promoviendo sus obras de manera recíproca. Cada una tuvo un impacto diferente en el circuito letrado y educacional chileno. Mientras unas quedaron incluso en estado manuscrito, otras como la *Gramática* de Bello, *Ensayos analíticos y críticos* de Vendel-Heyl o *Historiae litterarum romanarum* de Lobeck gozaron de reediciones, lo que confirma el interés que pudieron despertar para el sistema educativo durante la

¹⁰⁴ Justo Florián Lobeck, «Estudio Filológico sobre la condición de la mujer en la época homérica», *Anales de la Universidad de Chile* 18 (1861): 750-765.

implementación del Plan de Estudios Humanista y las primeras décadas de la Universidad de Chile. Aunque se trataba de textos circulantes entre una élite letrada urbana, su conjunto refleja el bagaje cultural de parte de esta comunidad, conectada con las tendencias y debates contemporáneos desarrollados en países como Alemania, Francia y Gran Bretaña.

Ciertamente, la llegada de extranjeros como Lobeck y Vendel-Heyl, así como la experiencia formativa de los Bello en Europa, fortalecieron a esta comunidad de interpretación y su proyecto cultural y pedagógico. Es probable, asimismo, que el liderazgo de Andrés Bello y las redes de contacto que haya forjado a lo largo de sus años en el Viejo Mundo hayan contribuido también a fortalecer la conformación de esa comunidad.

Con una trayectoria destacada en la promoción de los estudios clásicos en sus países de origen, estos académicos aportaron con su bagaje cultural a la generación de una primera producción escrita clasicista especializada a nivel local y, con ella, a la extensión del catálogo de autores y obras antiguas por conocer y cultivar en Chile. Sus ediciones críticas, ensayos y gramáticas reflejan un imaginario compartido sobre el mundo griego y romano en el que se identificaban y relacionaban, con claridad, la naturaleza de los sistemas políticos – juzgados desde los criterios del orden y de la libertad – con la calidad de las obras literarias. En sus análisis confluyeron el juicio estético con el ético para representar, a través de ellos, las ideas políticas y virtudes morales que se esperaba promover para la juventud del país.

La erudición de estos escritores y educadores asombra, aunque resulta aún más digno de destacar el esfuerzo por adecuar la amplitud de materias de su dominio a las necesidades pedagógicas de los potenciales lectores chilenos, en un ejercicio de recepción clásica que resultó pionero en el país y que, como tal, merece su reconocimiento histórico.

Referencias

Fuentes

«Anexo 479. Instituto Nacional, Cámara de Senadores, Sesión 40, 14 de noviembre de 1828», *Sesión de los Cuerpos Legislativos de la República de Chile* (Santiago: Biblioteca Nacional de Chile, 1889), XV.

Programa y reglamento del liceo, casa de educación establecida en Santiago de Chile. Santiago: Imprenta del Progreso, 1843.

Barros Arana, Diego. «Discurso pronunciado por D. Diego Barros Arana en su incorporación a la Facultad de Filosofía i Humanidades de la Universidad de Chile, en elojio de su predecesor D. Luis A. Vendel-Heyl». *Anales de la Universidad de Chile* 1 (1855): 723-731.

Bello, Andrés. «Discurso pronunciado en la instalación de la Universidad de Chile el 17 de setiembre de 1843». *Anales de la Universidad de Chile* 49-52 (1943 [1843]): 7-21.

- Bello, Andrés. «Sobre el estudio de la lengua latina» (*El Araucano*, 1831). En *Antología de Andrés Bello*. Compilado por Scarpa, Roque Esteban, 125-135. Santiago: Fondo Andrés Bello, 1970.
- Bello, Andrés. *Compendio de historia de la literatura redactado para la enseñanza del Instituto Nacional*. Santiago, Imprenta Chilena, 1850.
- Bello, Francisco. *Gramática de la lengua latina*. Santiago: Imprenta de la Opinión, 1838.
- Chacón, Jacinto. *Introducción al estudio de la Edad Media desde la fundación de Roma hasta su destrucción por los Bárbaros que fundaron los pueblos modernos*. Santiago: Imprenta del Progreso, 1847.
- Chacón, Jacinto. *Curso de elocuencia sagrada*. Santiago: Imprenta Chilena, 1849.
- Dupanloup, Félix. *De la haute éducation intellectuelle*. Orléans: Gatinau Librairie, 1855.
- Egaña, Juan. *Tractatus de re logica, metaphisica, et morali: pro filiis et alumni Instituti Nationalis Jacobo Politanæ Erudiendis*. Santiago: Imprenta de R. Rengifo, 1827.
- García Reyes, Antonio. «Discurso pronunciado al incorporarse a la Facultad de Leyes de la Universidad, en elojio de su predecesor don Francisco Bello». *Anales de la Universidad de Chile* 1 (1853): 149-159.
- Henríquez, Camilo. «Hay que enseñar en el propio idioma». *Aurora de Chile* 2, nº 3 (Santiago, 21 de enero de 1813).
- Lobeck, Justo Florián. *Artis historiam conscribendi quam apud graecos fuerit, brevis enarratio*. Santiago: Imprenta del Ferrocarril, 1858.
- Lobeck, Justo Florian. *Liber Aureolus. Colección de ejercicios latinos i castellanos destinada a los alumnos de la primera clase de Humanidades del Instituto Nacional y colejos de la República de Chile*. Santiago: Imprenta Nacional, 1860.
- Lobeck, Justo Florian. *Progymnasmata Latina. Colección de ejercicios latinos i castellanos destinada a los alumnos de la segunda clase de Humanidades del Instituto Nacional i Colejos de la República de Chile*. Santiago: Imprenta Chilena, 1862.
- Lobeck, Justo Florian. *Ojeada retrospectiva sobre la marcha que, desde los tiempos antiguos hasta nuestros días se ha seguido al tratar de la mitología clásica: estudio primero leído ante la facultad de Humanidades i Filosofía de la Universidad de Chile en sesión del 6 de Mayo de 1862*. Santiago: Imprenta del Ferrocarril, 1862.
- Lobeck, Justo Florián. «Estudio Filológico sobre la condición de la mujer en la época homérica». *Anales de la Universidad de Chile* 18 (1861): 750-765.
- Lobeck, Justo Florián. «Numismática. Memoria presentada a la Facultad de Humanidades el 25 de julio de 1859». *Anales de la Universidad de Chile* 16 (1859): 788-808.
- Lobeck, Justo Florián. *Carta al señor Ministro de Instrucción Pública*. Santiago: Biblioteca Nacional de Chile, Archivos Documentales, AD 17289, 10 de enero de 1865.
- Lobeck, Justo Florián. «El Parlamento – Estudio Filológico». *Anales de la Universidad de Chile*, Tomo 29 (1867): 852-878.

- López, Vicente Fidel. «Memoria sobre los resultados generales con que los pueblos antiguos han contribuido a la civilización de la humanidad, leída el 21 de mayo de 1845 ante la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile». *Anales de la Universidad de Chile* (1845): 305-350.
- Ovidio. *Tristium, libri V*. Santiago: Typographio Chilensi, 1847.
- Valderrama, Adolfo. «Elojio de don Justo Florián Lobeck – Discurso de incorporación a la Facultad de Humanidades, en 26 de marzo de 1878». *Anales de la Universidad de Chile*, Tomo 53, sección 1 (mayo de 1878): 225-242.
- Vendel-Heyl, Louis Antoine. *Ensayos analíticos y críticos sobre la primera edad de la literatura romana i particularmente sobre Plauto*. Santiago: Imprenta de Julio Belin y Compañía, 1850.
- Vendel-Heyl, Louis Antoine. *Sumario de la historia de Grecia i Roma hecho con el objeto de enseñar la versión del castellano al latín i precedido de un índice general de la sintaxis de D. Francisco Bello*. Santiago: Imprenta Chilena, 1848.

Bibliografía

- Amunátegui, Domingo. *Los primeros años del Instituto Nacional*. Santiago: Imprenta Cervantes, 1889.
- Amunátegui, Domingo. *El Instituto Nacional bajo los rectorados de don Manuel Montt, don Francisco Puente y don Antonio Varas (1835-1845)*. Santiago: Imprenta Cervantes, 1891.
- Ávila, Alamiro. *Andrés Bello y los libros*. Santiago: Fondo Andrés Bello, 1981.
- Bruni, Blas. «Situación de los estudios clásicos en Venezuela». *Lógoi. Revista de filosofía*, nº 31/32 (2017): 1-29.
- Castillo, Miguel. «Miranda y la senda humanista de Bello». *Revista Chilena de Humanidades* 13 (1992): 11-33.
- Castillo Didier, Miguel. «Los estudios clásicos en Chile: retrospectiva y perspectiva». *Anales de la Universidad de Chile* VI, nº 3 (1996): 35-49.
- Compère, Marie-Madeleine y Chervel, André. «Les humanités dans l'histoire de l'enseignement français». *Histoire de l'éducation* 74 (1997): 5-38.
- Conejeros, Juan Pablo. *La influencia cultural francesa en la educación chilena, 1840-1880*. Santiago: Ediciones Universidad Católica Cardenal Raúl Silva Henríquez, 1999.
- Cruz, Nicolás. *El surgimiento de la educación secundaria pública en Chile, 1843-1876 (El Plan de Estudios Humanista)*. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2002.
- Cruz, Nicolás. «La 'lengua y literatura latina' en el nacimiento de los estudios secundarios chilenos». *Semana de Estudios Romanos*, VII-VIII (1996): 370-372.
- Cruz, Nicolás. «Una contrapropuesta educacional en el Chile del siglo XIX». *Historia* 29 (1995-1996): 69-88.
- Daher, Elisa. «Notas sobre la Gramática Latina de Andrés Bello». *Fortunatae: Revista canaria de Filología, Cultura y Humanidades Clásicas* 4 (1992): 33-340.
- Domínguez, Carolina. «Usos del latín en los procesos de configuración cultural y educativa del Cono Sur en el siglo XIX», Tesis para optar al grado de Doctora en Letras, La Plata: Universidad Nacional de La Plata, 2013.

- Domínguez, María Carolina. «Un diálogo con la tradición clásica latina en la Argentina del siglo XIX: continuidades y rupturas». *Anclajes* 20, nº 2 (2016): 17-32.
- Estefane, Andrés. «De naufragios e infortunios. Louis Antoine Vendel-Heyl en Chile». En *XIX. Historias del siglo diecinueve chileno*, Juan Luis Ossa, Andrés Estefane, Nicolás Ocaranza, Cristóbal García-Huidobro, Pablo Moscoso, Joaquín Fernández, Andrés Baeza, 71-98. Santiago: Vergara, 2006, 71-98.
- Falcucci, Clément. *L'humanisme dans l'enseignement secondaire en France au XIXe siècle*. Toulouse: E. Privat, 1939.
- Gutiérrez, Claudio. *Educación, ciencias y artes en Chile, 1797-1843: Revolución y contrarrevolución en las ideas y políticas*. Santiago: Ril, 2011.
- Hanisch, Walter. *El latín en Chile*. Santiago: Fondo Andrés Bello, 1991.
- Hardwick, Lorna. «From the classical tradition to reception studies». *Reception Studies* 33 (2003): 2.
- Hardwick, Lorna y Christopher Stray. *A Companion to Classical Receptions*. Oxford, Wiley-Blackwell, 2010.
- Hildebrandt, Heriberto. *1755-2020. Aportes a la historia de la familia Hildebrandt*. Santiago: Edición digital Heriberto Hildebrandt, 2020.
- Huidobro, María Gabriela. «Educación humanista, cultura clásica y legitimidad republicana: la batalla oratoria entre Andrés Bello y José Joaquín de Mora (1828-1830)». *Revista de Historia* 27, nº 2 (2020): 211-235.
- Huidobro, María Gabriela y Calderón, Estefanía. «Continuidades, cambios y relecturas en la enseñanza del latín en Chile durante un período de transición (1800-1830)». *Historia* 396 11, nº 1 (2021): 203-240.
- Hurtado, Edda. «Del latín al castellano o de las humanidades clásicas a las humanidades modernas en el siglo XIX chileno». *Literatura y lingüística* 26 (2012): 29-46.
- Jaksic, Iván. *Andrés Bello: la pasión por el orden*. Santiago: Editorial Universitaria, 2001.
- Lastarria, José Victorino. «Bibliografía». *Revista de Santiago* I (1848): 179-183.
- López, Rosario. «La traducción de Andrés Bello de la comedia *Rudens* de Plauto». En *Tradición y traducción clásicas en América Latina*. Editado por Maquieira, Helena y Fernández, Claudia, 249-274. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, 2012.
- Martindale, Charles. *Redeeming the text. Latin poetry and the hermeneutics of reception*. New York: Cambridge University Press, 1993.
- Montes, Hugo. «Andrés Bello, humanista». *Revista Chilena de Humanidades* 1 (1982): 47-53.
- Murillo, Fernando. *Andrés Bello*. Madrid: Quorum, 1987.
- Nava, Mariano. «Andrés Bello y la tradición clásica. Algunos problemas para su valoración». *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios griegos e indoeuropeos* 30 (2020): 253-266.
- Ortiz, Juan Pablo. «El humanismo conservador: letras clásicas y política a mediados del siglo XIX». *Siglos históricos* 16, nº 31 (2014): 38-87.
- Ossenbach, Gabriela. «Andrés Bello: discurso inaugural de la Universidad de Chile (1843)». *Transatlántica de educación* 5 (2008): 19-28.

- Pinilla, Norberto. *La generación chilena de 1842*. Santiago: Manuel Barros Borgoño, 1943.
- Serrano, Sol, Rengifo, Macarena y Ponce de León, Francisca, *Historia de la Educación en Chile (1810-2010)*. Santiago: Taurus, 2013.
- Stuven, Ana María. «La generación de 1842 y la conciencia nacional». *Revista de Ciencia Política* 9, 1 (1987): 61-80.
- Velleman, Barry. *Andrés Bello y sus libros*. Caracas: La Casa de Bello, 1995.
- Vega, Manuel. *Album de la colonie française au Chili*. Santiago: Imprimerie et lithographie Franco-Chilienne, 1904.
- Verhaart, Floris. *Classical learning in Britain, France, and the Dutch Republic, 1690-1750. Beyond the Ancients and the Moderns*. Oxford: Oxford University Press, 2020.
- Villalobos, Alejandro. «Entre la tradición y la crisis: los estudios griegos en Chile». *Historias del Orbis Terrarum* 8 (2022): 72-95.
- Waquet, Françoise. *Le latin ou l'empire d'un signe, XVIe-XXe siècle*. Paris: Albin Michel, 1998.